

siempre laudable y se presenta decidida, aunque bajo una forma casi siempre lastimosa, como sucede con la comedia de Bebel de que hablamos antes. Mas hábil y mas interesante es la titulada: *Estilfo* (Stylpho), de Wimpeling, cuyo héroe es un alemán que habiendo figurado en la corte del papa, regresa á su país con el nombramiento de cura-párroco de cuatro iglesias, dos vacantes y dos que deben estarlo dentro poco tiempo. Con esta seguridad, en la cual le confirma un cura de aldea que tambien consiguió su plaza con recomendaciones análogas, se presenta al obispo de la diócesis, á pesar de haber tratado de desengañarle un estudiante pobre, que sin protector se ve obligado á ganarse la vida miserablemente. El obispo envía al pretendiente al director de la escuela para que le examine y dé su dictámen, el cual le es adverso, porque pronuncia mal el latín, porque no sabe la gramática, porque conjuga el presente del verbo *dicere*: *dixo, dixis, etc.*, y deriva *narraverunt*, de *narvo, narvare*; porque contesta á la pregunta: *¿Es tu de legitimo thoro? Non, sed sum de Laudemburgra*; y preguntado lo qué es *sacramento*, contesta: *Est nobilissimum ydeoma ex fontibus Græcorum ortum habens*. El obispo, en vista del resultado del exámen, le despide con cajas destempladas, y como el tonto no consigue otra plaza, acaba por guardar cerdos para vivir. En el epílogo exclama el autor: «¡Qué singular cambio de destino! El cortesano se vuelve patán, el confidente de cardenales, mozo de Labrador, el pastor de almas, pastor de cerdos! Véase adónde conduce la ignorancia. En cambio el estudiante pobre, con un socorro que recibe de sus padres, vuelve á la universidad donde se dedica de nuevo á los estudios de su carrera, la de leyes, llega despues á ser canceller de su soberano; este le proporciona una canonjía y el cabildo le elige finalmente obispo, en cuya posición se distingue por su prudencia y acierto.»

Las comedias que solo se proponen hacer reír, se rozan con la poesía lírica en cuanto figuran en ellas el amor y sus goces. El representante de este ramo de literatura dramática latina fué, entre los humanistas alemanes, Cristóbal Hegenдорffinus, que vivió desde 1500 hasta 1540. Hijo de su época, no sabia hablar del amor sin ser material y obsceno. Dos son las comedias de este autor que mencionaremos aquí: *De senæ amatore* (El amador senil), y la *Comedia Nueva*. En la primera ridiculiza á los viejos verdes y en la segunda pinta las locuras amorosas de los jóvenes. En esta es el héroe un joven que engaña á una doncella, pero como tiene un hermano que se le parece enteramente, procura que vaya á casa de la muchacha cuando ha dado á luz el fruto del amor secreto; la nodriza cree que el hermano del amante es el padre de la criatura; el viejo le conjura á que devuelva el honor á su hija casándose con ella, y el verdadero culpable, á quien el padre cree inocente, acepta por su hermano y se casa con su amada. El poeta, que se defiende en varios pasajes de la acusación de corromper á la juventud, hace cantar, sin embargo, al coro, al final de la pieza, con mucha inocencia: «Ahora es el tiempo de las locuras, despues vendrá el del arrepentimiento; si no comeis ni bebeis, os quedareis en ayunas, vosotros, soldados del amor.»

En tiempo del humanismo apenas empezó á germinar la idea de la tragedia. Jacobo Locher se jactó de ser el primero que habia enseñado á sus conciudadanos esta nueva clase de «escritos» con su llamada tragedia: *De los turcos y del sultan*, pero en lugar de una acción dramática, se reduce todo á declamaciones religiosas y patrióticas, y lo único que la pieza tiene de drama es que está dividida en cinco partes, que el autor llama actos, y que al final de cada uno pone canciones de coro que muestran el gusto literario del autor. Hoy no tiene este trabajo mas interés que el histórico, por-

que nos enseña lo que aquellos humanistas entendían por tragedia y nos da otras ideas acerca de la época. En el primer acto se presenta la fe en forma de mujer, describe la religión cristiana, los males causados por los turcos á los pueblos cristianos, y excita al emperador y al papa, dueños del mundo, á aniquilar á tan poderoso enemigo. No reinando, sin embargo, la concordia entre los dos grandes poderes, el pueblo cristiano, en el segundo acto, dirige sus plegarias á Dios para que restablezca la paz entre la Iglesia y el imperio. En el acto tercero tiene efecto la entrevista entre el emperador y el papa, para concertar los medios y el plan, y todo se ejecuta con tanta rapidez que al fin del acto parte el mensajero para llevar al sultan la declaración de guerra de los aliados. En el cuarto acto, el sultan y los magnates de la Turquía europea y asiática, en vista del manifiesto del emperador y del papa, llaman á sus súbditos á las armas y deciden los preparativos que convienen hacer para la defensa. En el quinto acto arenga el jefe de las fuerzas cristianas á sus tropas; la fama proclama la victoria de los cristianos, y todo concluye con la procesion triunfal del emperador.

Se vé que aquí no hay nada de tragedia; todo se reduce á una narración poética, en metros raros y difíciles, de un suceso ficticio, siendo los autores principales el mensajero y los coros. La pieza fué representada en presencia del emperador y el mismo honor cupo á otros dos dramas, de los cuales uno trata tambien de la guerra contra los turcos, que da lugar en uno de los actos á un congreso de soberanos, y el otro tiene por argumento el juicio de París y es una copia fiel de las antiguas representaciones mitológicas.

La literatura humanista, es decir, la latina, no presenta ninguna poesía épica verdadera. Las grandes narraciones se escribieron en el idioma vulgar, y las únicas poesías históricas latinas son los panegíricos y versos encomiásticos que escribieron los humanistas para halagar á sus contemporáneos distinguidos, pero estas poesías poco ó nada tienen de históricas. Lo único que tiene algo de épico son las *Facecias*, que Poggio introdujo en la literatura humanista y que encontraron imitadores en Agustín Tünger y Enrique Bebel, segun vimos en otro capítulo de esta obra. Otro imitador fué Otomaro Luscinio. Este se presenta en sus cuentos mas narrador que satírico; su propósito es distraer á sus lectores por medio de conversaciones y controversias que reproduce por haberlas oído en las reuniones de los literatos, reuniones que debieron de ser las únicas que el autor frecuentó y conoció. No hay que decir que el autor resulta siempre el mas erudito y el mas discreto y sagaz. Escribiendo en latín, escribia exclusivamente para la gente docta, y por esto saca los argumentos, principalmente, de la historia antigua, de la Biblia y de los padres de la Iglesia, rara vez de autores de cuentos, á quienes tampoco sabe imitar. Su erudición le conduce á entretenerse con etimologías y á dar lecciones de moral, y como humanista intercala en sus cuentos versos, se da importancia insinuando sus relaciones con personajes notables, adula á sus protectores, vitupera á los sofistas por su ignorancia (en el latín clásico), pero pocas veces se queja de la petulancia y pedantería de la gente docta; refiere con indudable fruición liviandades de la gente de Iglesia, y finalmente, critica la astrología y la tendencia á ver en todo milagros.

De la comedia á la sátira no hay mas que un paso; aquella puede ridiculizar ciertos defectos y vicios de la sociedad contemporánea, cuando esta debe castigar la perversión y corrupción en las personas y cosas. La sátira que fustiga las costumbres, por supuesto con una gran parte de sátira personal, se halla representada por las ya mencionadas *Cartas de los hombres oscuros*, que deben ser examinadas en otra

parte, y la sátira personal tiene infinitos representantes en las contiendas entre los humanistas, y entre estos y sus adversarios en general. En estos escritos, ya lo sabemos, la violencia y la increíble grosería reemplazan al ingenio.

El satirista artístico del humanismo alemán fué Euricio Cordo, que vivió desde 1486 hasta 1535. Era médico y escribió sobre la medicina; fué amante del latín y de los autores clásicos; teólogo y partidario ciego de Lutero, y finalmente, escritor satírico, que dice de sí mismo en sus obras que es de «carácter sencillo, franco y sincero, que no sabe mentir, ni engañar, ni ser hipócrita,» y dirigiéndose á sí mismo en un epigrama añade: «No sabes adular ni callar verdades y luego te admiras de que tus libros no gusten.»

En sus sátiras se ríe de las costumbres pervertidas, pero esto solo es apariencia, en el fondo lamenta los males morales de la sociedad y sufre. Se burla de los mogigatos que critican á los poetas libertinos de la antigüedad y en secreto, con toda su cristiandad, se conducen peor que ellos; satiriza tambien á los viejos presumidos, á los ricos avaros, á las mujeres disolutas, á los pedantes ignorantes, á los poetas malos y á los abogados estafalarios. Se desata contra la astrología, cuya madre, dice, es la petulancia y la nodriza la locura; contra la corrupción del clero, de los mismos papas y de Roma; contra el abuso de hacer de la religión una industria, contra la opresión y esclavitud de la Alemania por la curia romana, y contra la tiranía con que es tratada la población rural, á cuya clase el autor se glorifica de pertenecer por sus padres. Lo que hace interesantes estas sátiras es que no están escritas en sentido general, sino que son burlas amargas de un individuo irritado que ha sido víctima de los males que critica, y por esto alaba á las personas que le quieren bien, como sus amigos, y sobre todo su mujer, que á pesar de la escasez material en que vivían y las penas y padecimientos que experimentaron, hizo de su casa un pequeño paraíso. Así alaba á Erfurt, donde estuvo bien, y censura á Brunswick, con cuya población no pudo congeniar, diciendo que: «Allí el cielo es turbio y el aire tan espeso que la oscuridad es perpetua, aunque el resto del mundo goce del sol mas brillante, y que los habitantes no aprenden ni siquiera la doctrina cristiana si no se les hace tragar mezclada con su cerveza.» Entrado ya en edad, ocupóse mas y mas en cosas de religión y se hizo adalid del Evangelio protestante, olvidando á todos sus conocidos y amigos antiguos, á Muciano, el ídolo de los humanistas de Erfurt, y á Erasmo, á quien no encontraba antes palabras bastantes para ensalzar, pero que se mostró adversario de la reforma protestante, á todos dejó. Su héroe fué, en adelante, Lutero, el adalid denodado que á pesar de todos los peligros y esfuerzos contrarios consiguió realizar la reforma.

La poesía satírica difícilmente se separa de la didáctica, por lo menos la de los humanistas alemanes, tanto que la obra principal, en ambos conceptos, es el *Buque de locos*, de Sebastian Brant, del cual ya hemos hablado en otro capítulo. La poesía instructiva tuvo en Alemania desde un principio gran aceptación al introducirse en el país por la religión cristiana los primeros elementos de cultura; y esta afición fué creciendo durante todo el período del Renacimiento, de modo que poco á poco se hizo moda escribir en verso hasta sobre las ciencias mas rebeldes á ser poetizadas. Los maestros en este ramo se apresuraron á satisfacer esta necesidad de la opinión publicando manuales de versificación (*artes metrificandi*) con cuyo auxilio los eruditos mas rígidos y pedantes podían comunicar su ciencia al prójimo en versos nítidos y elegantes. Eobano Hesso y Euricio Cordo escribieron, entre otros, muchos manuales de esta clase.

Muchísimas obras de aquella época, algunas de las cuales

tendremos ocasión de mencionar, demuestran la aplicación de la poesía á las materias serias y científicas.

CAPITULO VIII

DESARROLLO DE LAS CIENCIAS

La resurrección de la antigüedad tuvo por primera consecuencia en todos los países donde halló eco, el cultivo ardoroso de las lenguas clásicas. En Alemania este ardor no encontró la aptitud ni la instrucción á la altura correspondiente, y por tanto el estudio del latín no produjo mas resultado, aunque este era importante si se atiende al estado en que se hallaba su estudio entonces, que limpiar y desembarazar esta lengua y las obras clásicas, de las costras y ropaje con que la Edad media, ya por ignorancia, ya arbitrariamente, las habia cubierto hasta hacerlas desconocidas. Las obras originales de los humanistas alemanes, conforme hemos dicho ya en otra parte, fueron insignificantes y puramente mecánicas, porque aquellos escritores ignoraban las leyes que rigen los idiomas y su desarrollo, y porque el blanco al cual dirigían sus esfuerzos, era equivocado é imposible de alcanzar.

Despues del latín era el griego el idioma ambicionado y venerado por los humanistas; pero si bien lo miraban con el mismo respeto que al latín, no se ocupaban tanto en su estudio, por ser difícil y completamente desconocido, y escasos los profesores como los libros. El latín era conocido mas ó menos desde siglos, mientras que solo podían enseñar el griego aquellos pocos que habian pasado á Italia y lo habian aprendido allí, donde abundaban profesores griegos emigrados.

Reuchlin y Celtes eran en su tiempo casi los únicos que sabían bien el griego; los dos trabajaron activamente para comunicar sus conocimientos en esta lengua á los demás por medio de conferencias, libros, que escribieron para facilitar la enseñanza, y otros que tradujeron del griego, con notas explicativas, y publicaciones de autores clásicos griegos, con lo cual adquirieron fama grandísima y fueron el asombro de sus compatriotas. Estos trabajos aprovecharon á la generación nueva. Los viejos miraban este estudio nuevo cada uno desde su punto de vista, segun su carácter, su mayor ó menor pedantería y el espíritu de rutina de que adolecían todos. Wimpeling dice en uno de sus escritos: «No puedo emitir opiniones sobre el griego porque no me lo enseñaron cuando era joven; ahora no me faltarian maestros buenos, si yo tuviese el talento de Marco Caton, que siendo viejo (y adversario de la Grecia) aprendió el idioma griego.» Ulrico Zasius, del cual hablaremos todavía, pertenecía á los pocos que aparentaban despreciar el griego y decía con orgullo que él era latinista y no grecizante. Bebel en una lista de autores antiguos que publicó como modelos dignos de imitación, dice que no incluye á los griegos ni puede formar juicio de sus obras por ignorar su lengua. Peutinger en una carta que escribió á Reuchlin, expresa su sentimiento de no saber el griego. Las primeras tentativas que se hicieron entonces para crear cátedras de griego en alguna universidad suscitaron la mas ruda oposición de parte de los sofistas, es decir, de los teólogos, partidarios rancios del sistema escolástico. Reuchlin primero que nadie experimentó esta oposición cuando enseñó el griego en Heidelberg, y hubieron de pasar decenios antes de que el estudio del griego adquiriese derecho de ciudadanía. Cuando, en 1509, Juan Amerbach hizo en Basilea una edición de las obras de San Jerónimo, dirigióse á Reuchlin solicitando su cooperación para la corrección y traducción de los pasajes griegos, diciéndole en su carta: «Si

tú me abandonas, no sé nadie mas en Alemania que pueda ayudarme.» En 1528 escribió Tomás Platter que cuando fué alumno de Miconio, en Zurich, no pasó del latín, porque la lengua griega era cosa rara y poco usada.

Ninguno de los apóstoles del griego en Alemania escribió una gramática griega, y si bien creen algunos que Reuchlin hizo un trabajo de esta clase, fundan su creencia en un dato muy vago. Los libros de enseñanza se llevaban de Italia, porque hasta la conclusión del siglo xv los impresores alemanes no tenían todavía tipos griegos, y si en las obras que publicaban ocurría algún vocablo ó pasaje griego, dejaban un blanco. Los primeros tipos que empezaron á usar al principio del siglo siguiente eran monstruosos. El primer libro griego impreso en Alemania se supone que fué la gramática de Prisciano, que vió la luz en 1501, en Erfurt, en casa del impresor y editor Lupo Schenk, que había adoptado los nombres de *Lupambulo Ganimedes*. A esta obra siguieron pronto otras latinas con citas griegas; y en 1522 publicó Reuchlin los primeros textos griegos, á saber, la controversia de Esquines y de Demóstenes. Una de las gramáticas griegas mas antiguas y mas apreciadas en su tiempo fué la publicada por Ecolampadio (Juan Hussgen), á solicitud de sus amigos, con el título de: *Græca literatura dragmata*, que era un resumen de las lecciones que dió en la universidad (1), y si bien era fruto de mucho estudio, carecía de método. Consta de tres partes, la primera trata de la pronunciaci3n, la segunda de las declinaciones y conjugaciones, y la tercera de la sintaxis. Esta última y la primera son muy cortas, pero la segunda es en cambio detallada; admite cinco declinaciones y trece conjugaciones, y copia en general las gramáticas impresas en Italia. Ilustra las reglas muy escasamente con ejemplos sacados de autores griegos, pero hace figurar en los ejemplos que inventa los nombres de personas conocidas, como el de Reuchlin y otros, siguiendo el ejemplo de los autores de las gramáticas latinas. Por lo demás, Ecolampadio se abstuvo de imitar la pedantería de estos, por lo menos en gran parte, y su afán de lucirse dando á entender que sabia tambien latín y hebreo.

Los primeros diccionarios, que son vocabularios griegos impresos en caracteres latinos, rebosan de errores, como el publicado por Torrentino, en 1518, por via de apéndice de su *Elucidario*.

Mayor importancia que los ensayos de gramáticas y diccionarios tienen las traducciones del griego al alemán y al latín, siendo naturalmente en mayor número las últimas. Los hombres mas eruditos consideraban entonces el trasladar una obra de un idioma á otro como un trabajo digno de sabios; su objeto era, no reemplazar con sus traducciones los originales griegos, sino introducir á los no instruidos en un terreno hasta entonces extraño para ellos; por eso no se atrevían á variar nada en el texto original, y era máxima de todos que ninguna version libre podía reproducir la belleza que la obra tenia en el idioma en que estaba escrita. Muchas traducciones pecaban de demasiado rígidas y toscas, especialmente las del griego al latín, por el afán excesivo de querer ser elegantes; y poquísimos fueron los traductores que supieron encontrar el justo medio entre la traducción servil y literal y la traducción libre, que se propone escudriñar y conservar el sentido exacto del original.

La reforma protestante, con su propaganda á favor del estudio de la Biblia, y del espíritu de crítica y libre exámen que suscitó, dió importancia al estudio del griego, que pronto alcanzó un grandísimo desarrollo, del cual participó tambien el hebreo.

(1) De Basilea, donde fué nombrado profesor de teología en 1522. Era amigo de Lutero y de Zwinglio. (N. del T.)

Reuchlin fué tambien apóstol en Alemania del estudio de la Sagrada Escritura en el texto original, así como Erasmo había introducido el estudio del texto original de los Evangelios. Ellos son, de consiguiente, los que abrieron á los alemanes nuevos horizontes; pero estos estudios no pudieron adquirir desarrollo sino en la época de la reforma protestante, que volvió á inflamar el sentimiento religioso y permitió la introducción de estas nuevas asignaturas en las universidades, y de sus rudimentos en los establecimientos de segunda enseñanza, dando lugar á que salieran tambien á luz libros mas propios para facilitar la enseñanza y el estudio. En la época humanista se preparó y desbrozó el terreno; poco á poco se hizo moda ostentar el título de «perito en los tres idiomas» (*trium linguarum peritus*), á saber, latín, griego y hebreo, y no fué pequeño triunfo para el humanismo alemán cuando en 1518 y por la influencia de Erasmo se fundó en Lovaina el «Colegio buslidiano», con el objeto principal de enseñar las tres lenguas citadas. Sin embargo, Erasmo no sabia el hebreo y los otros humanistas mas sabios solo tenían un conocimiento muy rudimentario de esta lengua por el libro de Reuchlin.

Otro libro muy elemental, lleno de errores y escrito para leer y entender el hebreo, se había publicado ya en 1501 por Conrado Pelicano, que segun dice en su autobiografía había aprendido esta difícil lengua sin maestro, y lo que es mas, sin gramática ni diccionario. Tenia un escrito de Pedro Niger (Negro) titulado: *La Estrella del Mesías*, que atacaba á los judíos y contenía citas de pasajes en hebreo impresos con caracteres latinos, pero con la traducción al lado, y al final del libro un apéndice con el abecedario hebreo, las vocales y puntos, y por via de ejemplo, un regular número de vocablos. Con estos elementos empezó á estudiar, comparando y adivinando por el contexto vocablos, inflexiones y reglas. Por supuesto, cometió errores monstruosos, pero al fin, tropezando, y estudiando las noches, porque durante el día estaba ocupado en otros trabajos, llegó á dominar bien ó mal la lengua.

Los que mejor la sabían eran los judíos, pero estos no solían poseer el latín, y los que se hicieron bautizar, que eran los que podían enseñar, eran los que menos profundos eran en el hebreo, si bien muchos de ellos habían aprendido el latín. Entre estos últimos fué uno de los mas distinguidos un emigrado español llamado Mateo Adriano, médico, que en el segundo decenio del siglo xvi enseñó el hebreo en muchas ciudades alemanas, como Tubinga, Basilea, Lovaina y Wittemberg. Era hombre sapientísimo, pero insociable y engreído con su saber. Era bastante libre-pensador y de consiguiente se adelantaba á la época en que vivía. Existe de él una carta en tan pésimo latín que se avergonzaria de haberla escrito un principiante. En esta carta, dirigida al impresor Amerbach, se ofreció como corrector para los pasajes hebreos en las obras de San Jerónimo, diciendo que él era el único capaz de hacerlo en Alemania. Al mismo tiempo alababa sus escritos y su ciencia médica, de la cual no se tienen otros testimonios; pero de su talento, carácter varonil é ingenio tenemos una buena prueba en una *Apolo-gía de las Lenguas*, escrita en latín excelente, que probablemente será obra de otro, pero por cierto no las ideas. Ensalza en este discurso, como era natural, la lengua hebrea, diciendo que es la lengua primitiva que hablaron los hombres cuando estaban todavía en el estado de inocencia. Juzga las traducciones insuficientes para cualquier estudio profundo, que exige la perfecta inteligencia de las fuentes originales, y hablando de San Jerónimo tiene el valor, grandísimo para aquella época, de pedir para los sabios seglares igual autoridad en materia de explicar textos que pretendió aquel padre

de la Iglesia, porque dice: «Jerónimo era hombre, ignoraba muchas cosas, pasó otras por alto, y á menudo pecó por negligencia.»

Los profesores y teólogos rancios eran, como ya dijimos, enemigos de los estudios modernos, á lo cual se agregaba para Adriano la circunstancia de haber nacido judío, bien que estaba bautizado, de modo que tantos fueron los insul-

tos que recibió que tuvo que abandonar á Lovaina. Otros, sin haber nacido judíos, se vieron tambien víctimas del odio de los enemigos del progreso por el solo hecho de ocuparse en la propagación del hebreo, como sucedió á Juan Böschenstein, que vivió desde 1472 hasta 1532, hombre religiosísimo y muy cristiano, que fué uno de los hebraistas mas sabios. Böschenstein se vió acusado de muchas cosas feas y califi-

*Boius Auentinus faciem se gessit, & ora,
Atq; habitu tali conspicendus erat.
Magnus in historijs scriptor, ueterum monumenta
Explicuit: inuet dum uagus orbis erit.*



D O M
IOAN. AVENTINVS VIR SINGVLARI ERVDE.
FIDE AC PIETATE PRÆDITVS: PATRIÆ SVÆ
ORNAMENTO, EXTERIS ADMIRATIONI FVIT:
BOIORVM, ET GERMANIÆ STVDIOSISSIMVS:
RERV M ANTIQVARVM INDAGATOR SAGACISSIMVS:
VERÆ RELIGIONIS OMNISQ. HONESTI AMATOR.
CVI H M AD POSTERIT. MEMORIAM P EST
V IDVS IAN, ANNO M. D. XXXIIII.

Juan Aventinus

Copia de un grabado en madera hecho por Juan Sebaldo Lautensack, que vivió desde 1507, aproximadamente, hasta 1560

cado de judío, aun despues de muerto, por la autoridad de Lutero, que en su lenguaje grosero había dicho que Böschenstein era cristiano de nombre pero en realidad archi-judío. La verdad es que el hebraista era otro sabio despreocupado y contestó á los ataques que aunque fuese judío no se consideraria por esto peor que los demás, porque sabia que ante Dios todas las personas son iguales, y se consolaba de los ataques diciendo: «Somos víctimas, los que estudiamos el hebreo, por ser esta lengua sagrada.»

Si los que cultivaban el hebreo se vieron expuestos al odio y á las hostilidades del clero, no necesitaron menos valor los

que querían escribir en su idioma patrio, el alemán, porque tenían contra sí el soberano desprecio de toda la cohorte pedante de los humanistas, que se avergonzaban de hablar otra lengua que no fuese la latina, y hasta de llevar nombres y apellidos alemanes. Por eso los tradujeron al latín ó al griego para hacerlos mas armoniosos y sonoros. A pesar de esto, hubo algunos que tradujeron al alemán, por lo pronto, cosas que interesaban al pueblo. Considerábase como iniciador científico de estas traducciones al idioma vulgar á Nicolás de Wyle, segun ya dijimos en otro capítulo. Pronto se fué extendiendo esta literatura, en la cual se notan esfuerzos vivi-